

cia y comunicacion entre los que se aman. Probadas estas dos cosas señalaremos luego cinco pasos ó grados de la via unitiva, que consisten en obras, y no dependen forzosamente de la gracia de la devocion. Y en todo seguiremos la doctrina que nuestro santo Padre enseña en el ejercicio del amor de Dios, que está al fin de la cuarta semana.

CAPÍTULO VIII.

QUE EN LA LA VIA UNITIVA HAY MAYORES Y MÁS FRECUENTES CONSOLACIONES QUE EN LAS DEMÁS JORNADAS DEL CAMINO ESPIRITUAL.

NO se puede dudar sino que los deleites espirituales son más vivos y más poderosos y eficaces que los sensuales, los cuales son torpes y vanos; pero los espirituales son puros, engendrados de las virtudes é infundidos de Dios en los corazones limpios. Aquéllos son comunes á las bestias, éstos son propios de las criaturas racionales: en aquéllos la rudeza de los sentidos, la bajeza del apetito sensitivo, la vileza y la inconstancia de las cosas que nos causan el deleite, y la brevedad del tiempo que duran, todo esto muestra claramente el poco valor que tienen. Y por el contrario, la perfeccion de las potencias del ánima, la excelencia del objeto, que no es menos que el mismo Dios, fuente de todos los deleites, muestra que aunque en esta vida se dan con

tasa, pero ellos son tales que una vez gustados arrebatan las almas tras sí, y las arrancan de los deleites y gustos de la tierra, y las hacen correr al olor de estos preciosos ungüentos.

De estos deleites está muy acompañado el camino espiritual, más ó menos, segun la disposicion de la divina voluntad. Pero si miramos lo que suele suceder de ordinario, los principios de este camino son ásperos y dificultosos por la mala disposicion de los que empiezan; pero por su mayor necesidad suelen ser más socorridos de la divina misericordia. La segunda jornada de los proficientes suele tener de suyo mayores dificultades y peleas; en el fin de la jornada se suele gozar más de asiento de la quietud y de las consolaciones divinas.

Primeramente, suele ser este camino en sus principios áspero y dificultoso, no porque en la verdad lo sea en sí mismo, sino porque el hombre acostumbrado á dejarse llevar de todos sus gustos y antojos, siente tristeza en dejar los deleites conocidos, y negar á su apetito lo que desea. Y por eso dijo nuestro Salvador ¹: «¡Oh, qué angosta es la puerta, y qué estrecho es el camino que lleva á la vida!» No porque sea en sí mismo estrecho el camino, por el cual han corrido y corren tantos con seguridad y con alegría; sino porque respecto de la anchura del que camina, la puerta se hace angosta y el camino estrecho. Como una pretina es estrecha respecto de un hombre grueso y que lleva mucha ropa, que para otro más cenceño y menos arropado será ancha: éstos deben hacer lo que el mismo Señor les aconseja cuando dice ²: «Porfiad y haceos fuerza para entrar por la puerta angosta.» Porque persuadidos que la dificultad nace

¹ Math. VII, 14.—² Luc. XIII, 24.

de su mala disposicion, deben tomar ánimo para hacerse violencia y ceñir sus demasías, y ajustarlas con la razon. Y de esta manera vencidas las malas costumbres con otras mejores, y borrada la memoria de los deleites sensuales, el camino de la virtud (siendo como es tan conforme á la naturaleza del hombre) se hace fácil, y el yugo de Dios parece suave y su carga ligera ¹. Y ayuda mucho para esto el socorro de la divina misericordia, que atendiendo á la necesidad de los que empiezan, les hace sombra en el mayor ardor de sus tentaciones, y les ayuda en sus peleas, y les da la mano en sus caidas, y les provee con liberalidad de consolaciones espirituales. Estas consolaciones da Dios á los principiantes, para socorrer á su flaqueza, para destetarlos de los deleites del mundo, para que entren alentados y alegres en la pelea de los vicios, para que tengan alguna experiencia del premio por que trabajan, y para que tomen algun sabor de la bienaventuranza que esperan, y finalmente, cuando niños, se les da en leche el sustento que les ha de costar despues su trabajo y sudor.

En la segunda jornada, y á los que van en medio de la pelea, suele Dios nuestro Señor esconderles esta luz y favor de la devocion y consolacion sensible, no dejando por eso de sustentar al alma con esperanza de la victoria, y ayudarla con un socorro secreto y escondido para que no desfallezca; pero entre tanto prívala de aquel consuelo y devocion sensible; y esto suele ser por muchas causas. La primera, para castigar su tibieza y descuido en los ejercicios espirituales. La segunda, para probar su fidelidad y su diligencia y desviarla y purificarla de su propio interés. La tercera, para conservar

¹ Matth. XI, 30.

su humildad, que son las tres causas que pone nuestro santo Padre en la regla nona de las primeras de discrecion, haciendo mucha fuerza en la tercera. Porque como es propio de Dios nuestro Señor resistir á los soberbios y dar su gracia á los humildes ¹, cuanto deseo tiene de darnos su gracia, tanto cuidado tiene de conservarnos en humildad; y así nos priva muchas veces de su consolacion para volverla con más abundancia. A esta causa se reduce la que pone el glorioso san Diadoco ²: Que por eso nos priva Dios de la gracia de la devocion, porque con la continuacion de las divinas consolaciones, no pensemos haber llegado ya al fin de la jornada, sino que creamos que no somos nada ni hemos hecho nada, aunque nos ejercitemos en todas las otras virtudes, mientras no hemos alcanzado la caridad perfecta confirmada por modo de hábito, como la suelen tener los varones perfectos. Y por cualquiera de estas causas que falten las consolaciones divinas, se viene á hacer este estado accidentalmente más dificultoso que el de los que empiezan.

Pero cuando la caridad llega á conseguir su perfeccion, de manera que arroja fuera el temor ³, entonces las divinas consolaciones suelen ser tantas y tan grandes y tan de asiento, que parece que ya son como connaturales á aquel estado. Porque primeramente la buena conciencia es el fundamento de toda consolacion sólida, y la que da principio á la gloria que se puede participar en esta vida. Despues de esto, el tener las pasiones mortificadas y ajustadas con la razon, hace no solamente fácil, sino gustoso el ejercicio de las virtudes; y quita la violencia que por esta causa suelen sentir en él los prin-

¹ I Petr. V, 5. — ² S. Diadoc., c. 90. — ³ I Joann. IV, 18.

ciplantes; y causa el gozo y la paz, que es fruto del Espíritu santo, y la alegría de la salud, que es principio de la vida eterna. Porque así como la salud corporal, cuando los humores están templados y reducidos á cierto punto conveniente al sér y vida del cuerpo, causa en el mismo cuerpo cierta alegría y buena disposicion, que da sabor á todos los gustos, con que se llevan bien todos los trabajos, y por el contrario, la enfermedad causa cierto disgusto y tristeza que no se suple con ningun regalo; lo mismo es en el espíritu, que la salud que nace de la conciencia libre de culpas, y de la templanza de los deseos y mortificacion de las pasiones, causa una alegría y fortaleza interior que con ella se puede llevar bien el peso de cualesquiera tribulaciones; y si ésta falta, ni bastan todos los entretenimientos del mundo á mitigar el dolor de la mala conciencia, ni las consolaciones espirituales con que socorre Dios nuestro Señor á los principios á los que pelean. Que aunque son como un refresco del corazon fatigado, y como unas treguas de la guerra interior, pero no bastan á pacificar del todo el alma, y quitarle la amargura y mala disposicion que causan los movimientos desordenados, que nacen de las pasiones y de las malas costumbres.

De lo dicho se saca la diferencia que va de las consolaciones de los que empiezan, á las de los perfectos. Porque los que empiezan me parece que son como los que están puestos en cura de alguna grave dolencia, que aunque no caminan á la muerte, sino á la salud, pero mientras no la alcanzan padecen juntamente los dolores de la enfermedad y las molestias de las medicinas, y no basta para dejar de sentir lo uno y lo otro, la cama blanda, ni la comida regalada, ni otros ningunos regalos con que solemos aliviar y entretener los enfermos; de esta misma

manera son los que empiezan mientras están puestos en cura de sus dolencias espirituales. Porque aunque Dios nuestro Señor suele acudirles con el regalo y consolacion espiritual, no por eso dejan de sentir el desórden de sus pasiones, el combate de sus tentaciones y el trabajo de la mortificacion y de la penitencia. Y así les sucede estar muchas veces por una parte consolados, por otra afligidos; por una parte animados, por otra temerosos; gozando por una parte de sentimientos de gloria, y padeciendo por otra pensamientos de infierno, hasta que habiendo alcanzado perfecta salud, cesa el trabajo de la enfermedad y de la medicina. El bienaventurado san Diadoco¹ declaró esto mismo con otra comparacion. Así como si alguno en el rigor del invierno se pusiese por la mañana en un campo descubierta vuelto al oriente, sentiria algun calor en donde le da el sol, quedándose las demás partes frias; de la misma manera sucede á los que están en los principios del camino espiritual, que conciben en parte el calor de la divina gracia; y así empieza luego el alma á brotar frutos de pensamientos espirituales y devotos, como quiera que por otra parte el corazon se queda con el sabor é inclinacion de la carne. Porque la luz de la divina gracia, aún no ha llegado á penetrar todo lo íntimo del corazon, como decíamos de aquel hombre, que juntamente tiene calor y tiene frio. Esto dice dicho santo.

Pero si este sol de la divina gracia viene á poseer el corazon y dar de lleno sobre la cabeza, ¿qué resplandores causará en el entendimiento, y qué afectos y ardores en la voluntad? Ese es el estado de los perfectos, cuando purificados de los pecados, y vencidas las batallas de las

¹ S. Diadoc. c. 88.

pasiones, y andadas las jornadas largas de las virtudes, vienen finalmente á llegar á la union con Dios nuestro Señor, que se hace por contemplacion y por amor. Y si la vista se alegra con la luz, y el oido se deleita con la música, y el gusto se regala con el sabor, y cada sentido siente deleite con la presencia de su objeto, cuando es conveniente para él; ¿qué sentirá el alma unida con Dios, que es la fuente que nunca se agota de los deleites eternos? De aquí nacen aquellos afectos tan singulares y maravillosos, que vemos, oímos y leemos de los que han llegado á este estado de union, como son el claro y sencillo conocimiento de la verdad, el silencio, la quietud, el sueño espiritual, las hablas interiores de Dios, los raptos, éxtasis, enagenaciones de sentidos, apariciones y visiones, y secretas inteligencias de los secretos celestiales, que que no es permitido al hombre decirlos. Todas las cuales cosas, cuanto menos las experimentamos, tanto más las debemos reverenciar, creyendo de la divina bondad y del fervor con que los santos se disponian, que les comunicaba y comunica el Señor aquellos regalos, que nosotros por nuestra tibieza no merecemos. Pues ¿quién podrá dudar de la abundancia y grandeza de las consolaciones espirituales de que gozan los que han llegado á este estado? Cuando, como decia el santo Job ¹, tienen un baño de manteca á los piés, y la luz de Dios les luce sobre la cabeza; cuando han cesado todas las causas que suele haber para que Dios nuestro Señor retire los rayos de su luz y se seque la fuente de la devocion, y se han hecho como connaturales las causas de la alegría y consolacion espiritual. Porque, como hemos dicho, la causa de quitarnos Dios nuestro Señor la gracia de la

¹ Job XXIX, 6, 3.

devocion, despues de haber tenido alguna experiencia de ella, es para humillar el espíritu, y causar dolor y escarmiento, y para que la busquemos con mayor diligencia, y la conservemos con mayor humildad. De este mismo artificio suelen usar las madres con sus hijos pequeñuelos, cuando no se acomodan como deben y toman el pecho importunamente y desaprovechan la leche; porque los arrojan de sí, para que con este desvío y espantados de algunas figuras feas, se vuelvan llorando y llenos de miedo á los brazos de sus madres corregidos y escarmentados. Esto mismo hace nuestro Señor con los principiantes, cuando ve que de la gracia de la devocion toman ocasion de vanidad ó de tibieza, y que en sus ejercicios espirituales buscan más su consuelo que el servicio divino; porque entonces les quita por algun tiempo la gracia de la devocion; y el espíritu malo se ayuda de esta ocasion para tentarlos; y Dios nuestro Señor parece que se les esconde, no para desampararlos, sino para corregirlos, hasta que con estas breves ausencias y frecuentes consolaciones, se vienen á criar y crecer en varones perfectos. Pero cuando han llegado á este estado, así como por la mayor parte cesan aquellas imperfecciones y descuidos, así tambien faltan las causas de estas sequedades y desvíos, y la caridad perfecta obra gozo y paz y union con Dios, de la cual resultan las consolaciones espirituales, que como dijo nuestro santo Padre ¹: *Son las mociones interiores, con las cuales viene el ánima á inflamarse en amor de su Criador y Señor; y consequenter ninguna cosa criada sobre la haz de la tierra puede amar en sí, sino en el Criador de todas ellas.* Demás de esto todas las virtudes tienen continuos aumentos y es-

¹ Reg. 3.^a de las primeras de discr.

pecialmente la *fe, esperanza y caridad*, con que cada día se va haciendo más robusta la salud espiritual del ánima. Y aunque es verdad que en este estado no faltan cruces que llevar; pero sucede lo que en los hombres que tienen fuerzas y salud, que la alegría y el aliento está en lo más íntimo, y los trabajos caen como por defuera; como quiera que en los enfermos sea al contrario, que todos los regalos se quedan por defuera y la tristeza y mala disposición está en lo de dentro. Y aunque las cruces de los perfectos suelen también afligirlos en lo interior; pero mucho más interior está siempre la alegría y fuerza que los sustenta, y así de ordinario les acompaña: *La leticia interna que llama y atrae á las cosas celestiales, y á la propia salud de su ánima, quietándola y pacificándola en su Criador y Señor.* Y éstas son las cosas en que nuestro santo padre Ignacio dijo que consistía la consolación espiritual. Quede pues por lo dicho probado, que los varones perfectos que están en la vía unitiva tienen grandes y frecuentes, y casi continuas consolaciones espirituales.

CAPÍTULO IX.

QUE TAMBIEN LA VIA UNITIVA SE PUEDE ANDAR SIN CONSOLACIONES.

Aunque todo lo dicho es verdad, no lo es menos lo que arriba tenemos declarado y probado, que el camino de la perfección no consiste en actual devoción

¹ Reg. 3.^a de las primeras de discr.

ción y consolación; sino que esencialmente es diferente de ella, y actualmente se halla muchas veces sin ella, no sólo en los principios y en los medios, sino también en los fines. Y así como en las dos primeras jornadas ha sido necesario señalar algunos pasos que se puedan andar sin la gracia de la devoción actual, aunque con más facilidad y deleite cuando somos favorecidos de ella; lo mismo es fuerza hacer en esta última jornada de la vía unitiva. Y es de suma importancia, así para los que se ejercitan, como para los maestros que los guían, no confundir el ejercicio de la perfección con la gracia de la devoción. En todas las cosas es diferente la obra y la delectación que se sigue de ella, aunque la naturaleza puso la delectación para facilitar la obra. Mucho ayuda el gusto para el comer, y gran dificultad es comer con hastío; pero no se sustenta el hombre del gusto, sino del comer, de manera que cuando hay hastío, es menester comer sin gusto. Así que mucho ayuda la gracia de la consolación para caminar á la perfección; pero una cosa es el ejercicio de la perfección, y otra la consolación que la ayuda y acompaña. De santa María Egipciaca se cuenta que pasó diez y siete años continuos de tentaciones, y de otros muchos santos que pasaron muchos años de sequedad. ¿Quién creerá que en todo este tiempo no se aprovecharon ni llegaron á la perfección? y si llegaron á ella, con más perfección ejercitaron las virtudes al medio que al principio, y con mayor perfección al fin que al principio y al medio. Luego necesario es decir, que hay algún progreso y aprovechamiento de las virtudes, que no consiste en la devoción. Cosa cierta es, y la experiencia lo enseña y arriba lo decíamos, que unos son tentados y padecen sequedades al principio de su conversión, otros al medio, otros al